

LA DOLCE VITA

POR FERNANDO R. LAFUENTE



# LA FASCINANTE SAGA DE LOS AUBREY

Se publica la tercera parte de la trilogía de **Rebecca West**, escritora de prosa exquisita y de magníficos personajes, que no por muy ‘british’, nos son ajenos

Los Aubrey, como los Cazalet (**Elizabeth Jane Howard**), o los Marchmain (**Evelyn Waugh**) o los Forsythe (**John Galsworthy**), es una de esas familias literarias inglesas que atrapan al lector y le llevan a lo más íntimo de los personajes, mientras la vida transcurre sin que apenas suceda nada de excepción. Los Aubrey es una trilogía escrita por la gran escritora y periodista, **Rebecca West** (Londres, 1892-1983). Tomó el nombre de la protagonista de ‘El legado de los Rosmer’, de Ibsen, y comenzó una carrera excepcional. Además de la saga de los Aubrey, su firma era habitual en ‘The New Yorker’, y otros medios. Cubrió los juicios de Nüremberg, el apartheid sudafricano o los conflictos en el Líbano, y escribió ensayos tan deslumbrantes como ‘Un reguero de pólvora’ (Reino de Redonda).



La autora y periodista Rebecca West (Londres, 1892-1983)

**SOMBRAS.** Ahora, Seix Barral publica la tercera entrega de la familia Aubrey, ‘La prima Rosamund’, y con ella culmina ese viaje entrañable a través de décadas, aquí llega al estallido de la Gran Depresión de finales de los felices veinte del siglo pasado. La prosa de West es exquisita, dúctil, sofisticada y directa (es compatible). Es una formidable descripción de unos personajes que viven las industrias y andanzas de una existencia plagada de excentricidades, muy británicas por cierto, pero tan cercanas a cualquiera de cualquier latitud: matrimonios imprevistos, muertes traumáticas, sombras como fantasmas que acechan en la soledad, viajes a un lado y otro del Atlántico, fiestas tan condenadamente inglesas que deslum-

bran y divierten, pesares que nadie puede solventar salvo uno mismo, fogosos atardeceres en la campiña o a orillas del Tamésis. West escribe novelas de personajes, ajusta los perfiles con la precisión de un relojero suizo, emociona en el ir y venir de Mary y Rose, dos de las hijas de la familia, ahora famosas y admiradas pianistas, del benefactor familiar, un personaje fuera de lo común, Marpurgo; de Oliver, compositor, intérprete y protector de futuras celebridades (qué maravilla la aparición del protegido Jasper!); de Anis Jenkinson, alguien que nos deslumbra y entristece a la vez y, sobre todo, del pub de tío Len, el Dog and Duck, un lugar para quedarse allí, fuera del tiempo, junto a tía Lilly y tía Milly, al fondo, la querida y enigmática Rosamund. West fue pro-

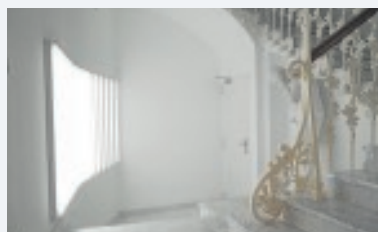
fundamente feminista –cuando no era fácil serlo–, pero, siempre independiente de consignas y ocurrencias. Novela, sí, de personajes, con sus inseguridades, sus destinos fijados por el azar y su firme voluntad de apearse a vivir con pasión e intensidad cada momento como si fuera el primero, siempre lo es, y el último.

**JAMES JOYCE PUB.** Entre la Puerta de Alcalá y la plaza de Cibeles está James Joyce Pub, donde estuvo el mítico Café Lyon. Ir allí para celebrar los cien años de ‘Ulises’, con unas pintas, maravillosamente bien tiradas y lo de siempre los Fish and Chips, los Sunday Roast (pollo o ternera), las verduras o las salchichas caseras, además del pastel del pastor. Un festín a la antigua, en días de insoportable calor. ■

APUNTES ♦ Javier Díaz-Guardiola

## El patio de mi casa no es particular

Tras desempolvarse la naturaleza de galería de arte al uso, la de Ana Serratosa en Valencia lleva más de veinte años funcionando casi como oficina de proyectos. Muchos recordarán propuestas como ‘Alameda Llum’ (2012), en el antiguo cauce del Turia, con Javier Riera; ‘Eclósion en Valencia’ (2014), con las esculturas de



Obra de B. Roig en el rellano

Venske & Spänle tomando ya toda la ciudad; o el ‘Ecos de la memoria’ de Bob Verschueren (2016) retornando al río. En 2020, Serratosa dio otro golpe de efecto al transformar un histórico edificio de

viviendas en la calle Cabillers, 5, en el centro, en ámbito expositivo, situando en sus zonas comunes interesantes piezas de creadores como los mencionados Venske & Spänle (portal), Bernardí Roig (descansillo) o José L. Albelda (huecos del ascensor). Para disfrutar de ellas (y de las que decoran los pisos en alquiler) hace falta cita. Pero están de enhorabuena: desde este mes, una instalación lumínica de Riera se disfruta desde el exterior a pie de calle. Un nuevo concepto de habitar con Pedro Medina como comisario. ■

CINCO MINUTOS DE GLORIA

## Nora Ephron, menos es más

En ‘No me acuerdo de nada’ lo recuerda todo

Pertenezco a los devotos del minimalismo. Aquellos que defienden el menos es más en lo que dicen, en lo que hacen y, si me apuran, en cómo lo hacen. Se equivocan quienes creen que esta ‘sobriedad’ es aburrida, sosa, carente de brillantez. Les voy a explicar la fórmula: para llegar al grano antes se ha trillado mucha paja, se ha desbrozado el bosque (si es preciso, a machetazos)... En este minimalismo hay más magia, más fiesta y sentido del humor que en todas las alharacas de aquellos que quieren demostrar a fuerza de parafernalia no se sabe muy bien el qué. Ustedes se preguntarán por qué me ha dado a mí por esta causa. Se lo aclaro sin más preámbulos y para no caer en la trampa de dar vueltas a la peonza y marear la perdiz, cláusulas mayores de aquellos no tan afines a esta selección natural.

Libros del Asteroide acaba de publicar una suerte de escritos de última hora de Nora Ephron (murió de cáncer a los setenta y un años) con el título de ‘No me acuerdo de nada’. No podía arrancar mejor. Recuerden aquel refrán tan español de

**La elegancia de una narración tan esencial que se ríe (sonríe) de todo, todos, y de ella misma**

‘uno vale más por lo que calla que por lo que habla’. Cada palabra de Nora Ephron vale su peso oro, pulida a mano y lentamente; escogida como aguja en el pajar. Ella fue una periodista –pionera en reivindicar a las mujeres en esta profesión cuando era solo cosa de hombres, y aquí lo cuenta–, guionista y directora de cine. Para no abundar en referencias, quédense con una de sus películas, ‘Cuando Harry encontró a Sally’, y con una de sus escenas (ya míticas en la historia cinematográfica), la de Meg Ryan simulando un orgasmo delante de Billy Cristal en una cafetería. Entre las mejores de todos los tiempos.

Nora Ephron repasa su vida, y todos sus asuntos, en ‘No me acuerdo de nada’. En ese olvido lo recuerda todo, con la elegancia de una narración tan esencial que se ríe (sonríe) de todo, de todos y, sobre todo, de ella misma. Para este ejercicio hacen falta unas alforjas bien llenas de sabiduría y de saber estar en la vida. ■

LAURA REVUELTA

